

EDUCACIÓN ECOLÓGICA: UN DESAFÍO PARA NUESTROS DIAS

P. Josafá Carlos de Siqueira S.J.¹

Ante los grandes desafíos del cambio climático, asociados al deterioro del proceso educativo por la pandemia COVID-19, se evidencia la urgencia de repensar los principios y metodologías que rigen la educación en todos los niveles de escolaridad. En los últimos años, debates, discusiones y publicaciones han enfatizado que la dimensión fragmentada de los saberes científicos ya no corresponde a la realidad socio-ambiental en la que vivimos, y es necesario buscar caminos apoyados en un mayor diálogo entre las diferentes áreas de las ciencias, donde la interdisciplinariedad y la transdisciplinariedad son fundamentales para rescatar la visión sistémica de la educación. Asociado a este deseo, el proceso educativo necesita articularse con las nuevas metodologías de un mundo más digital, donde la internet y las redes sociales ocupan un lugar destacado en las nuevas generaciones de niños y jóvenes.

En el modelo educativo clásico, construido a partir del surgimiento de las ciencias modernas, los contenidos se volvieron ensimismados y crearon barreras de aislamiento en las fronteras del conocimiento, abriendo espacios para múltiples especializaciones con objetivos y metodologías propios, conduciendo progresivamente a la pérdida de una visión más integradora de la realidad socio-ambiental (SIQUEIRA, 2007, 2009). En el horizonte de un mundo globalizado, interconectado y marcado por una educación con contenidos fragmentados, crece día a día el deseo de repensar modelos más interdisciplinarios, porque solo así se puede construir un proceso educativo integrador, con el objetivo de formar personas que puedan afrontar los grandes retos sociales y medioambientales que están ante nuestros ojos.

¹ Doctor en Biología Vegetal y Profesor de Ética Ambiental en el Departamento de Biología de la Pontificia Universidad Católica de Río de Janeiro. Traducción del P. Luiz Fernando Klein S.J.

Por otro lado, algunos pensadores actuales han demostrado que en este contexto socio-ambiental desafiante, ya no es posible vivir en un desajuste de racionalidades, donde la racionalidad técnico-instrumental, denominada por Max Weber de racionalidad de resultados, y por Habermas de racionalidad técnico-estratégica, con un fuerte énfasis en la dimensión cuantitativa, se opone a la racionalidad axiológica, volcada para aspectos evaluativos y cualitativos (GOMEZ-HERAS, 1997). Este desajuste termina por acentuar la visión fragmentada, donde la fascinación técnico-utilitaria prima sobre otros valores humanistas y ecológicos, impidiendo que el proceso educativo sea más sistémico e integrador. Si por un lado se observa una fascinación actual por el acceso a diversas mediaciones técnico-científicas, por otro lado, es posible detectar que el individualismo antropológico ha llevado a una pérdida de sensibilidad hacia el mundo circundante, especialmente en relación con la naturaleza, aunque existe una apreciación teórica de las cuestiones ecológicas.

Tales realidades nos muestran que es necesario superar, a través de la educación socio-ambiental, esta visión fragmentada en la que vivimos, enfatizando la importancia de una cosmovisión más holística, donde la educación pueda generar una relación más solidaria entre las personas y el entorno ecológico en que están integrados. Por tanto, es necesario un proceso de reeducación, buscando reconectar lo que está fragmentado, ya que fuimos creados para una perspectiva más unitiva e integradora de la realidad socio-ambiental. Desafortunadamente, el énfasis en la singularidad de la libertad ha generado un individualismo exagerado, debilitando la dimensión de la pluralidad de la libertad humana, donde se da nuestra triple relación con el Trascendente (Dios), con el cosmos (naturaleza) y con los demás en la sociedad (SIQUEIRA, 2002).

La falta de una relación más profunda y existencial con la dimensión trascendente de la existencia ha generado consecuencias, como el miedo a opciones más definitivas y la búsqueda inmediata de opciones provisionales; el vaciamiento del sentido radical de la existencia humana; y la inmanentización de la realidad, con pérdida de la dimensión vertical de la vida humana. La falta de una relación más próxima y afectiva con la Creación, la naturaleza, ha dado

lugar a la teorización ambiental, donde las defensas demostrativas no corresponden a prácticas contradictorias; la contradicción entre el discurso ecológico ideal y el mantenimiento de una visión utilitarista de la naturaleza, donde el hombre no es considerado guardián, sino dueño y dueño de los bienes comunes de la Creación. Finalmente, la falta de una relación más profunda con las personas acaba dando paso a una mirada superficial al ser humano, valorando tener más que ser, y vaciando la dimensión del propósito para el que fuimos creados, como enseña San Ignacio de Loyola en el Principio y Fundamento de los Ejercicios Espirituales.

En la búsqueda de una educación ecológica que integre las dimensiones sociológica, teológica y ambiental, no podemos dejar de destacar la importancia de la reciente encíclica *Laudato Si'*, donde el papa Francisco nos insta a buscar una ecología integral, con el objetivo de encontrar soluciones a problemas graves que afectan nuestra casa común planetaria. En ella, podemos vislumbrar importantes subsidios para la educación formal e informal, invitándonos a cambiar hábitos y costumbres que van en contra de la sostenibilidad ecológica y social. En esta perspectiva, creemos que, como educadores, somos estimulados a repensar y reformular algunos de los valores que acompañan a nuestros procesos educativos. Enumeramos a continuación los 10 valores que pueden contribuir a la educación socio-ambiental.

- 1) Una educación que pueda combatir la cultura del descarte, tanto de las personas excluidas de la sociedad, como de los recursos naturales desperdiciados por el consumismo;
- 2) Una educación que favorezca las estructuras académicas interdisciplinarias, rompiendo el aislamiento de los campos de los saberes y habilitando a las diferentes especialidades para dialogar y encontrar soluciones a la complejidad de los problemas actuales;
- 3) Una educación que rescata la visión sistémica del mundo, permitiendo la percepción de múltiples e intrínsecas relaciones entre las cosas; una educación que enfatice el bien común, como la interculturalidad, la

justicia distributiva, la cultura de paz, los derechos humanos, el respeto a las diferencias y el cuidado de la creación;

- 4) Una educación que promueva la defensa de la biodiversidad, donde se preserven los biomas y ecosistemas, priorizando las especies vulnerables y en peligro de extinción;
- 5) Una educación abierta a nuevos estilos de vidas, más simples y menos consumistas, donde se contemplen alternativas sostenibles;
- 6) Una educación que promueva el diálogo intercultural e interreligioso, especialmente sobre temas orientados a la preservación del medio ambiente, nuestro hogar común planetario;
- 7) Una educación que ayude a cambiar hábitos y crear hábitos más equilibrados y sostenibles;
- 8) Una educación que se abra a nuevos paradigmas, donde la música, la poesía, la contemplación, el silencio, la oración, etc., son fundamentales en el proceso de humanización y espiritualización de la persona humana;
- 9) Una educación que combata el relativismo práctico, que no permita que se traten las personas como objetos y otras formas de explotación y disminución de la dignidad de la persona humana, como hijos e hijas de Dios;
- 10) Una educación que ayude a cambiar y a convertir los contravalores que destruyen al ser humano, robotizan la existencia, crean aislamiento y vacíos, devastan la naturaleza y terminan por no dejar un legado justo y fraterno para las generaciones futuras (SIQUEIRA, 2016).

Con la escuela como mediadora en el proceso de educación ecológica, le corresponde al docente, como agente multiplicador de los valores socio-ambientales, crear las condiciones necesarias, basadas en metodologías creativas e innovadoras, motivando a los estudiantes a vivir los valores anteriormente explicitados. Algunas actividades son necesarias, como:

despertar y motivar a los estudiantes para que descubran las interrelaciones entre lo social y lo ambiental; permitir que los estudiantes, utilizando recursos didácticos y electrónicos, realicen estudios y acciones socio-ambientales interdisciplinarios en la escuela y en la comunidad; crear espacios de discusión y participación de los estudiantes en el aula, orientando los objetivos y metas a alcanzar; organizar actividades extra clase, donde los estudiantes puedan desarrollar una percepción integrada de la realidad socio-ambiental; permitir que los estudiantes tengan contacto con la naturaleza circundante, utilizando sus sentidos (ver, tocar, sentir), educándolos en la observación de los detalles; fomentando actitudes y acciones solidarias a favor de las personas, del medio ambiente y de la sostenibilidad planetaria. Cabe a los educadores seleccionar un conjunto de temas, problemas y enfoques, ya que no existe una fórmula lista para el aprendizaje y la enseñanza (PINHEIRO, 2007), especialmente cuando se trata de un proceso educativo sistémico que involucra aspectos sociales y ambientales.

Finalmente, frente a los graves problemas sociales y ambientales que enfrentamos a escala global y regional, la mejor solución es la educación ecológica, ya que solo a través de ella podremos formar las actuales y futuras generaciones para un diferente modo de ser, rescatando la visión sistémica de las múltiples relaciones existentes en la realidad. El aumento de la conciencia ecológica, especialmente entre los niños y jóvenes, es un factor positivo que favorece el proceso educativo, abriendo una perspectiva realista para crear una mayor conciencia de la importancia de este tema en una casa común herida, que necesita ser sanada. La educación ecológica es un camino seguro para reeducar hábitos y crear nuevas costumbres socialmente justas y ecológicamente sostenibles.

Referencias bibliográficas:

GOMEZ-HERAS, José Maria. Ética del medio ambiente. Madrid, España. Tcnos. 1997.

PINHEIRO, Áurea da Paz. O educador como gestor do processo de ensino-aprendizagem. In: Paisagens Educativas, Teresina, PI, pp. 133-151. 2007.

SIQUEIRA, Josafá Carlos. Ética e Meio Ambiente. São Paulo, Ed. Loyola, 2002.

_____. A visão integradora da realidade socioambiental: a reeducação para o holos. In: Paisagens Educativas, Teresina, PI, pp.47-57. 2007.

_____. Ética Socioambiental. Rio de Janeiro, RJ, PUC-Rio, 2009.

_____. *Laudato Si'*: Um presente para o planeta. Rio de Janeiro, RJ, PUC-Rio, 2016.